

*Alfonso Hernández-Catá*

# EL ÁNGEL DE SODOMA

*Edición  
Maite Zubiaurre*

 - STOCKCERO - 

Foreword, bibliography & notes © Maite Zubiaurre  
of this edition © Stockcero 2011  
1st. Stockcero edition: 2011

ISBN: 978-1-934768-48-8

Library of Congress Control Number: 2011938707

All rights reserved.

This book may not be reproduced, stored in a retrieval system, or transmitted, in whole or in part, in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without written permission of Stockcero, Inc.

Set in Linotype Granjon font family typeface  
Printed in the United States of America on acid-free paper.

Published by Stockcero, Inc.  
3785 N.W. 82nd Avenue  
Doral, FL 33166  
USA  
stockcero@stockcero.com

[www.stockcero.com](http://www.stockcero.com)

# INDICE

INTRODUCCIÓN .....	VII
BIBLIOGRAFÍA .....	XVII
PRÓLOGO.....	XXI
EL ÁNGEL DE SODOMA	
I.....	I
II.....	7
III.....	13
IV.....	21
V.....	27
VI.....	35
VII.....	45
VIII.....	53
IX.....	63
X.....	71
EPÍLOGO.....	79
INTERPRETACION MODERNA DEL HOMOSEXUALISMO	
CONSECUENCIAS JURIDICAS	
EN LUCHA CON EL PREJUICIO CIRCULANTE	

## INTRODUCCIÓN

Alfonso Hernández-Catá, escritor hispano-cubano, nace en Aldeadávila de la Ribera, en la provincia de Salamanca, el 24 de Junio de 1885. Un año después, en 1886, la familia se traslada a Santiago de Cuba. Cuando Alfonso cumple ocho años, muere su padre, don Alfonso Hernández y Lastras, coronel del Ejército español. En 1901 su madre, doña Emelina Catá y Jardines, de origen criollo, envía a Alfonso a estudiar y a formarse en un colegio militar en Toledo. El futuro escritor lleva muy mal la disciplina castrense. En cuanto se le presenta la ocasión huye a Madrid –salta la tapia y se traslada a pie a la capital– y comienza allí una vida bohemia, llena de penalidades, de hambre y de frío. Pero repleta también de estímulos intelectuales y literarios. Como apunta Uva de Aragón, «conoce y traba amistad con Rafael Villaespesa, Ramón Gómez de la Serna y Benito Pérez Galdós, quien fuera, hasta su muerte en 1920, una especie de mentor y padre exigente para el escritor cubano» (21). En 1905, Alfonso Hernández-Catá regresa a Cuba, se inicia como periodista y obtiene un empleo en el diario habanero *La discusión*. Además, participa en otros periódicos como son *El Diario de la Marina* y *El Fígaro* (Aragón 21). El año 1907, como vuelve a señalar Uva de Aragón, «marca un hito en la vida del escritor. Regresa a [Madrid], contrae matrimonio con Mercedes Lila [hermana del escritor español Alberto Insúa], y aparece su primer libro, *Cuentos pasionales*» (22). Provisto de la nacionalidad cubana, a partir de entonces Alfonso combinará su trabajo como escritor con una serie de puestos diplomáticos. Será cónsul en Le Havre, Birmingham, Cádiz, Alicante, y Madrid. En la capital española vivirá

con su familia durante más de veinte años, y será allí donde escriba y publique la mayor parte de su obra (Aragón 22). Tras el comienzo de la Guerra Civil española, Alfonso Hernández-Catá se traslada a América, y ejerce su oficio de diplomático en Panamá, Chile y Brasil. En este último país, por cierto, y como detalle anecdótico, entabla estrecha amistad con el famoso escritor austriaco Stefan Zweig. La muerte de Alfonso Hernández-Catá es trágica: fallece en un accidente de avión el 8 de noviembre de 1940.<sup>1</sup>

Alfonso Hernández-Catá es autor de relatos (*Cuentos pasionales*-1907; *Los siete pecados*-1918); *Los frutos ácidos*-1919; *La casa de las fieras*-1919; *Manicomio* -1931), de novelas (*Pelayo González* -1909; *Novela erótica* -1909; *La juventud de Aurelio Zaldívar*-1912; *La muerte nueva* -1922; *El ángel de Sodoma* -1927; *El bebedor de lágrimas* -1927), y de obras de teatro (*El pasado* -1917; *La casa deshecha* -1919; *La noche clara* -1923; *Tormenta* -1924; *El teatro* -1925; *El hijo del alma* -1937). Además, el escritor cubano compuso obras teatrales con los escritores españoles Alberto Insúa (*En familia* -1914; *El amor tardío* -1915; *Cabecita loca* -1915; *La culpa ajena* -1916; *El bandido* -1917; *Nunca es tarde* -1919) y Eduardo Marquina (*Don Luis Mejía* -1944). Por fin, Alfonso Hernández-Catá también cultivó la poesía y sobre todo, el ensayo y el artículo periodístico.<sup>2</sup>

La obra de Alfonso Hernández-Catá está bajo la influencia de las tendencias modernistas, tanto del Modernismo que llega a España de manos del poeta nicaragüense Rubén Darío, como del Simbolismo y decadentismo europeos. Pero también le debe mucho el escritor hispano-cubano al Naturalismo, de tal forma que se puede sostener que si bien su estilo, siempre cuidado, muchas veces exquisito, es netamente modernista, el contenido de muchas obras tiene un tinte naturalista. Por de pronto, le interesan siempre a Hernández-Catá los temas escabrosos, todos aquellos casos, muchas veces clínicos, que coquetean con la locura y con la muerte. Su colección de relatos *Manicomio* (1931) es un buen ejemplo del gusto de Hernández-Catá por

---

1 «El 8 de noviembre de 1940 Alfonso Hernández-Catá abordó un avión en el aeropuerto de Río de Janeiro rumbo a Sao Paulo, donde debía pronunciar una conferencia. Pocas horas más tarde, un cable de Prensa Asociada llevaba al mundo entero la noticia de que quince pasajeros, entre los que se encontraba el ministro de Cuba en Brasil, Alfonso Hernández-Catá, habían perecido a bordo de un transporte aéreo brasileño que acababa de despegar con rumbo a Sao Paulo. El transporte, que había chocado con un avión militar, cayó sobre la bahía de Botafogo, frente a Río de Janeiro» (Aragón 23).

2 Para una bibliografía exhaustiva de la obra de Hernández-Catá remitimos a la obra de Uva de Aragón mencionada en nuestra lista bibliográfica.

los marginados y los enajenados. Pero quizá el caso más sobrecogedor y crudamente naturalista es el que el nuestro autor presenta en *El ángel de Sodoma*.

*El ángel de Sodoma* fue publicado por primera vez en 1927, con gran éxito de audiencia. En 1929 una segunda edición le siguió a la primera. Pero mientras ésta apareció «desnuda,» es decir, sin prólogo ni epílogo, aquélla tuvo como prologuista al ilustre médico y pensador Gregorio Marañón<sup>3</sup> y como epilogista al no menos ilustre abogado y jurisconsulto Luis Jiménez de Asúa<sup>4</sup>. Acertadamente los críticos (Bejel, Galdo, Mejías-López) han interpretado esa presencia de un prólogo y de un epílogo como una forma de «controlar» el texto, y de imponerle unos límites precisos. *El ángel de Sodoma* tiene como tema central la homosexualidad (o el «homosexualismo,» como se decía entonces), un tema para el cual, supuestamente, los españoles y el público hispanohablante en general no estaban preparados. Así es que Gregorio Marañón —a quien, por cierto, está dedicada la novela— acepta el cometido de paliar el golpe que produce el escabroso tema con palabras iniciales, tan cautelosas como autorizadas. La disyuntiva que desde el comienzo se le plantea es la siguiente, a saber, si es oportuna o recomendable «la difusión de las cuestiones psicológicas y sociales ligadas con el instinto sexual» (11). Para Marañón, «en el punto concreto de la sexualidad hay que confesar que todo libro de investigación o de divulgación, lanzado al público, corre el peligro de convertirse, en muchas manos impreparadas, en un libro de pornografía» (34). Más adelante reitera: «La respuesta es, para mí, indu-

---

3 Gregorio Marañón (1887-1960) fue uno de los pensadores más destacados de la España de la primera mitad del siglo XX. Su influencia es comparable con la del filósofo José Ortega y Gasset. Fue historiador, pensador y escritor, además de médico endocrino. Sus teorías endocrinológicas sobre la evolución de la sexualidad en el ser humano revolucionaron el conocimiento que en España se tenía, por ejemplo, de la homosexualidad, o de la «intersexualidad», que es como Marañón gustaba llamar a los estados «indiferenciados» de la sexualidad humana. Su libro, *Tres ensayos sobre la vida sexual* (1926) muy pronto se convirtió en un best seller. En él describe en tono divulgativo los conocimientos endocrinológicos sobre la intersexualidad que más adelante desarrollará en el volumen médico, *Los estados intersexuales en la especie humana* (1929).

4 Luis Jiménez de Asúa (1889-1970), profesor de derecho penal en la Universidad Central de Madrid, muy pronto ingresó en la política. Fue miembro del PSOE (Partido Socialista Obrero Español) y Vicepresidente de las Cortes, así como Presidente de la República en el Exilio (en 1939, año en que acaba la Guerra Civil, Jiménez de Asúa se exiliará en Argentina). Su vasta obra cubre no sólo asuntos jurídicos y penales, sino que se extiende hasta temas que conciernen a la sexualidad, como ocurre en su libro *Libertad de amar (Ensayo sobre eutanasia y eugenesia)* (1946) o en sus numerosos pronunciamientos en defensa de los derechos de las minorías sexuales.

dable. El libro de ciencia, en mentes no científicas, puede ser mucho más nocivo que una novela o un drama en que se trate con morosa delectación de la misma aberración de los instintos» (35). En consecuencia, piensa Marañón que «el libro de Hernández-Catá es de este linaje de obras que, pese a su asunto, netamente declarado en su título, y pese a su general carácter literario, puede ser más útil a la verdad provechosa que la mayoría de las obras científicas enderezadas al mismo fin» (37).

La ansiedad de Marañón ante el «problema sexual» (nótese que en la literatura sexológica española de la época la sexualidad es siempre conceptuada como problema) es reflejo de una angustia muy personal —Marañón tuvo que lidiar con reacciones hostiles cada vez que publicaba una de sus obras científicas o de divulgación sobre la sexualidad— pero también de un malestar y cerrazón generalizados que empapaban a la sociedad española de su tiempo. Así es que Alfonso Hernández-Catá fue muy audaz al atreverse con la publicación de una novela sobre homosexualismo, hoy en día reconocida como la primera novela sobre el tema escrita en lengua castellana.<sup>5</sup>

Sin embargo, hay ciertos factores, probablemente intencionados, que protegieron a su autor de la inquina popular. En primera instancia, la novela está dibujada en tonos sombríos, con un aire trágico envolviendo siempre la silueta de José-María. Claramente, la homosexualidad se considera una tragedia, y en eso, el autor hispanocubano coincide y aun aplaude la creencia general de la época. No hay, en la novela de Hernández-Catá, el tono celebratorio y triunfante —y por ello, mucho más subversivo y escandalizador— que empapa, por ejemplo, *Las «locas» de postín*, novela corta del coetáneo español Alvaro Retana. Pero lo que sí hay es esa insistencia en que la homosexualidad es una enfermedad, y no un crimen, algo que el epilogoista Luis Jiménez de Asúa se apresura en señalar como indicio de claro progreso y contrario al prejuicio circulante. Como nos cuenta el abogado, «En una interviú [...] critiqué las creencias del vulgo, que mira como viciosos a los invertidos, sin percatarse de que son verda-

---

5 Una de las razones por la cual se considera *El ángel de Sodoma* la primera novela sobre homosexualidad es que se trata de una novela salida, o atribuida, a la «alta» literatura. Pequeña joya modernista-naturalista, con ella no puede competir una novela de estilo mucho menos cuidado y de difusión popular como es *Las «locas» de postín* de Alvaro Retana, publicada mucho antes (en 1919) y cuyo tema es, tanto o más que la novela que nos ocupa, la inversión sexual (Para un estudio contrastado de las novelas de Hernández-Catá y de Retana véase el libro de Zubiaurre citado en la bibliografía).

## BIBLIOGRAFÍA

- Aragón, Uva de. *Alfonso Hernández-Catá. Un escritor cubano, salmantino y universal*. Salamanca: Cátedra de Poética «Fray Luis de León,» Universidad Pontificia de Salamanca, 1996.
- Bejel, Emilio. «Positivist Contradictions in Hernández Catá's *El ángel de Sodoma*». *Anales de la literatura española contemporánea*, 25/1 (2000).
- Cruz Casado, Antonio. «*El Ángel de Sodoma*: El contexto literario homoe-rótico en la época de Lorca.» *Federico García Lorca. Clásico moderno (1898-1998)*. Granada: Diputación de Granada, 2000.
- Fortuny, Carlos. (Pseudónimo de Alvaro Retana). *La ola verde*. Crítica frívola. 1a ed. Barcelona: Ediciones Jason, 1931.
- Galdo, Juan Carlos. «Usos y lecciones del discurso ejemplar: A propósito de *El ángel de Sodoma* de Alfonso Hernández Catá.» *Chasqui*, 29/1 (Mayo 2000).
- Mejías-López, Alejandro. «Reframing Sodom: Sexuality, Nation, and Difference in Hernández Catá's *El ángel de Sodoma*.» *Ciberletras* 16 (2007).
- Zubiaurre, Maite. *Cultures of the Erotic in Spain, 1898-1939*. Nashville: Vanderbilt University Press, 2011.



¿Y va usted a escribir una novela de «eso»? ¡Qué ganas de elegir asuntos ingratos!

—De «eso», sí. Los poetastros han vulgarizado y afeado tantos jardines, tantos amaneceres, tantas puestas de sol, que ya es preferible inclinarse sobre las ciénagas. Todo depende del ademán con que se revuelve el cieno, amigo mío. Si es cierto que hay en las charcas relentes<sup>1</sup> mefíticos<sup>2</sup>, también lo es que ofrecen grasas irisaciones, y que lirios y nenúfares se esfuerzan patéticamente, a pesar de sus raíces podridas, en sacar de ellas impolutas las hojas. Además, como la química científica, la artística puede obtener de los detritus esencias puras. Más trabajo y menos lucido, dirá usted. ¡No importa!

---

1 *Relentes*: Humedad en noches serenas.

2 *Mefíticos*: Malolientes, olor perjudicial.

## PRÓLOGO

### I

**E**N ESTE MOMENTO DE LA VIDA, en que tantos problemas —aun a veces los más simples— se transforman en casos dolorosos de conciencia, uno de los que más me preocupan es el de medir las ventajas y los inconvenientes de la difusión de las cuestiones psicológicas y sociales ligadas con el instinto sexual. Con numerosos escritos de orden técnico o meramente divulgador, he contribuido a difundir entre nosotros el conocimiento de tales asuntos y a suscitar el interés de los demás hacia ellos. Y puedo asegurar que no ha salido una línea de mi pluma ni una palabra de mi boca sin una previa meditación ferviente, sin un convencimiento, depurado hasta la tortura, de que al hablar o al escribir así obraba bien.

Pero, después, al ver la monografía, la conferencia o el libro correr de mano en mano, con personalidad casi autónoma, resurge el tema de su eficacia y de mi responsabilidad. ¡Extraña sensación la que un autor experimenta cuando al cabo de los meses o de los años vuelve a ponerse enfrente de sus propias ideas! Al salir de nuestra mente, tras largas horas de meditación y de estudio, parecían criaturas definitivamente modeladas, cuyo porvenir sólo podía ser o el triunfo de la popularidad o la muerte callada de la indiferencia. Pero no ocurre así.

Aun aquellos frutos del espíritu humano destinados a más larga perduración tienen, al nacer, sólo la vida potencial preñada de contingencias insondables del niño que se libera del vientre materno. ¿Quién podrá predecir si aquel producto perfecto del amor de dos seres y de la obra prodigiosa de la incubación materna vivirá sólo unos

días o llenará con su evolución una existencia centenaria? Y en este caso, ¿quién augurará si será la suya una vida parásita o una vida heroica y fecunda? El hombre no nace a su eficacia cuando nace a la vida sino en ese otro momento más largo y erizado en que su vida choca y se fecunda contra el ambiente humano. Mil circunstancias, regidas por las normas desconocidas de la historia y del azar, pueden hacer de un ser, en apariencia mal dotado, un reformador del mundo y, en cambio, malograr y hundir en el anónimo a hombres o mujeres henchidos de excelsas aptitudes.

Igual sucede, repetimos, con los hijos de nuestra inteligencia. Sólo su peregrinación a través del espíritu de los demás, convertirá en realidades enérgicas y vivas o en cadáveres embalsamados en sepulcros de papel, aquellos recién nacidos que, al romper su continuidad material con nosotros en el momento de devolver a la imprenta las últimas pruebas, nuestro escepticismo temió que morirían en el silencio, o soñó nuestra ambición que alcanzarían una universal resonancia.

¡Qué sorpresa entonces, qué estupor cuando al cabo del tiempo se abre de nuevo el libro, a su vuelta del mundo, hecho una realidad dinámica; o bien un pobre vencido que retorna, como el hijo pródigo, a arrepentirse y a morir en el seno del padre! ¡Sólo entonces sabemos si hicimos bien o mal en engendrarlo! Y entonces solamente aprendemos que, en realidad, le habíamos engendrado a medias lanzándole a los azares de la vida humana como un navío que desamarra y enfila el misterio del mar, preñado, quién sabe, si de bonanzas o tormentas.

Todo esto se agudiza cuando se trata de libros en que se aborda el tema sexual. Después de tanto preguntarse «¿haré bien?» antes de escribirlo, es preciso volverse a preguntar si «hice bien» muchas más veces todavía, cuando el volumen se ha agotado y nuevas ediciones denuncian que navega por mar propicio. De una parte, el contacto diario con las heridas abiertas en los hombres que nos rodean por el instinto incomprendido e insatisfecho, nos empuja a contribuir, si fuera posible, a alivianar con todo aquello que la experiencia y la meditación nos enseñó a nosotros. Pero ¿cómo acertar? Un libro es siempre un remedio –aun suponiendo que lo sea– tan general, que se corre el peligro de que no ajuste –como traje de bazar– sino a las medidas de un corto número de dolientes. El sufrimiento sexual está

tan hundido en nuestra personalidad, tan ligado a los accidentes de nuestro propio sendero, que cada cual necesita un consejero y un consejo específicos.<sup>3</sup> Y al escribir nuestras páginas, llenos de ferviente intención de acertar, nos es imposible hacer el cálculo de los que quedarán dentro de nuestra posible eficacia, de los que quedarán al margen de ella; y, lo que es peor todavía, de los que sentirán sus heridas irritadas por nuestro presunto bálsamo.

La misma magnitud anonadante del hecho de que el problema sexual permanezca insoluble sin otro avance que el accidental que le proporcionan los remedios morales y religiosos a través de las centurias y de las civilizaciones, inexpugnable y hermético, mientras avanza cada día el progreso de las cosas materiales y aun de muchos aspectos espirituales de la vida; la misma magnitud de este desequilibrio nos lleva, a veces, a una actitud de sumisión desesperada ante la realidad. Acaso se piensa entonces que ha ordenado el mismo Creador que ni el instinto sexual ni el instinto de la conservación se vean nunca satisfechos de una manera plena, equilibrada y justa; tal vez porque en esta lucha accidentada por conseguir lo inconseguible, radica justamente el acicate que mantiene vivos al individuo y a la especie, sobre el haz de la tierra. Nos parece injusto que el engendrar a nuestros hijos sea una función erizada de todos los dolores para el cuerpo y de todas las claudicaciones para la dignidad del alma humana. Tampoco comprendemos por qué el vivir, nada más que el vivir, el tener un techo donde acogerse con los suyos, un mínimo de nutrimiento y la seguridad de un porvenir sin miseria, sea una merced<sup>4</sup> tan mal repartida entre los hombres, y lo que es más desconcertante, tan difícil de repartir equitativamente sin que la sociedad parezca que se viene abajo.

Si el ingenio y la buena voluntad de los seres humanos no han acertado en todos los siglos de la historia conocida al variar sino matices externos de ambos problemas —en modo alguno nada que afecte a su esencia— ¿no será que se precisa el dolor para no perecer?; tal vez para contraste y mantenimiento del placer que nos impulsa a vivir. Sócrates no sintió la alegría de tener libres las piernas hasta que le qui-

---

3 Es importante notar que para Gregorio Marañón el sexo siempre se convierte en problema y en padecimiento, cuando no en tragedia: «El sufrimiento sexual está tan hundido en nuestra personalidad...» Su visión pesimista del amor físico la comparte con Alfonso Hernández Catá, quien en esta novela que editamos ofrece una visión sombría y apocalíptica de la homosexualidad.

4 *Merced*: Privilegio, beneficio.

## I

**L**A CAÍDA DE CUALQUIER CONSTRUCCIÓN MATERIAL o espiritual mantenida en alto varios siglos constituye siempre un espectáculo patético. La casa de los Vélez-Gomara era muy antigua y había sido varias veces ilustre por el ímpetu de sus hombres y por la riqueza atesorada bajo su blasón<sup>23</sup>. Pero con el desgaste causado por la lima de los años, los ánimos esforzados debilitáronse y el caudal volvió a pulverizarse en el anónimo, merced a garras de usureros<sup>24</sup> y a manos de mujeres acariciadoras y cautas. La democracia alumbró aquí y allá, sin consagraciones regias, cien cabezas de estirpe<sup>25</sup>, mientras la casa de los Vélez-Gomara languidecía. Y si su derrumbamiento final no puede ponerse, por ejemplo, junto al romántico de la de Usher,<sup>26</sup> es, sobre todo por las particularidades al par vejaminosas<sup>27</sup> y heroicas del postrero<sup>28</sup> de sus varones, lo bastante rico en rasgos dolorosos para sacar de su egolatría o de su indiferencia, durante un par de horas, a algunos lectores sensibles.

Toda de piedra, enclavada en una ciudad prócer<sup>29</sup>, con ventanas abiertas al mar, la ocupaban, por derecho de herencia, un matrimonio

---

23 *Blasón*: Escudo de armas.

24 *Usureros*: Personas que prestan con interés excesivo.

25 *Estirpe*: Linaje.

26 Se refiere al relato de Edgar Allan Poe, «The Fall of the House of Usher» (1839). En esta obra maestra del autor norteamericano, la decadencia de una mansión viene a simbolizar la descomposición de la personalidad del protagonista. También en *El ángel de Sodoma* una mansión solariega se convierte en espejo, esta vez de la compleja psicología de toda una familia.

27 *Vejaminosas*: Vejatorias, ofensivas.

28 *Postrero*: Último.

29 *Prócer*: Eminente, respetado, noble.

y cuatro hijos. La ciudad, levítica<sup>30</sup> a pesar del paganismo azuliblanco de las olas y del fermento inmoral traído de tiempo en tiempo por los marineros, hartos de oceánicas castidades, a las casucas del suburbio, había estimado muchos años como timbre óptimo el escudo ahondado en el sillar clave del medio punto<sup>31</sup> de su puerta. Las ventanas con sus cristales rotos trepidaban nerviosas, participando del estremecimiento aventurero de las campanas, de los trenes, de los buques, y hasta de los pobres carros urbanos. El matrimonio difería en edad y caracteres: él, ciclópeo<sup>32</sup>, de cabeza chica para su gigantesco cuerpo, lento, soñador de sueños no multiplicadores, sino de resta; ella, menuda, activa, hacendosa, vulgar y práctica. Los cuatro hijos, dos varones, dos hembras: el mayor, José-María, de diez y ocho años, después Amparo, luego Isabel-Luisa, al fin Jaime.

Desde tiempos no vistos por sus actuales moradores, la casa se nutría de nostalgias, de prestigio y de deudas; y sin la industriiosidad de la esposa, que a diario renovaba el milagro de los panes y los peces, más de una vez la palabra privación habría tenido para ellos su sentido enjuto<sup>33</sup>. El actual jefe de la familia de los Vélez, don Santiago, sólo activo y alegre cuando la bruma del alcohol lo rodeaba de absurdas perspectivas de oro, se conformaba con despreciar al orbe íntegro, y con ufanarse<sup>34</sup> de sus pergaminos y de su estatura. Y la noche en que la esposa pasó del afanoso trabajo a la muerte, tras pocos días de enfermedad, el alma inválida de don Santiago quedó paralizada de susto. Todos comprendieron entonces que el hombrachón se había apoyado para ir por la vida en el cuerpecillo femenino, inmóvil por primera vez, y más menudo aún entre la estameña<sup>35</sup> de la mortaja<sup>36</sup>, bajo las cuatro gotas doradas y azules de los cirios.

La casa, tan limpia, tan ordenada, perdió el equilibrio y cayó en una suciedad llena de humores hoscos<sup>37</sup>. En vano José-María y sus hermanas —Jaime estudiaba para piloto, interno en la Escuela de Náutica— trataron de cerrar el paréntesis abierto por la catástrofe. Era

30 *Levítica*: Aficionada a la Iglesia.

31 *Sillar clave del medio punto*: Piedra principal, labrada por varias de sus caras, que forma parte del arco que tiene forma de semicírculo.

32 *Ciclópeo*: Gigantesco.

33 *Enjuto*: Muy flaco, reseco, consumido.

34 *Ufanarse*: Engreírse, envanecerse.

35 *Estameña*: Tela de lana, ordinaria y gruesa.

36 *Mortaja*: Sábana con que se envuelve el cadáver para enterrarlo.

37 *Hoscos*: Desagradables, ásperos.

el padre quien, con su volumen, con su indolencia, con su alma frívola incapaz de llenarle por completo el enorme cuerpo, complacía en prolongar la atmósfera de ansiedad perezosa, de espera de milagro, que saturó aquellos tres días comprendidos entre el primer malestar y el último estertor<sup>38</sup> de la mujercita.

Vinieron las ventas de tierras, las hipotecas, los expedientes, y el mal olvido del alcohol. En verdad los hijos deseaban verlo ebrio, porque su embriaguez sonriente, brumosa, con esperanzas y prodigalidades súbitas, era preferible a las impotencias ceñudas, a las profecías de días nocturnos llenos de frío y de hambre, a los golpes. Dos veces el intento de echar a un lado los pergaminos y de doblar la estatura sobre el trabajo quiso cuajársele en la voluntad. Humillación estéril. Se habló luego de una representación de automóviles; hubo largas pláticas ante las mesas de los cafés, frente a la copita de aguardiente enturbiadora de la copa de agua; y, por último, entre la estupefacción de todos, en vez de dedicarse a vender, don Santiago compró un cochecillo minúsculo, pintado de rojo, tan desproporcionado para su corpachón, que le ajustaba a la cintura trabajosamente y hacía pensar en el aborto de un centauro: busto de cíclope y patas de pobres caballos de vapor ocultas bajo vibrantes chapas de metal.

Salía todos los días muy temprano después de diez horas de sueño y, a pie, marchaba hasta la terraza de la cervecería donde, poco después, iban a llevarle, del garaje, el cochecillo. Al verlo, su entrecejo<sup>39</sup> se desplegaba y, sólo entonces, echaba el aguardiente en el agua y, a pequeños sorbos, empezaba a beber su copa de niebla, con los párpados entornados no se sabe si para aguzar la visión externa o para ver mejor dentro de sí. Después subía con esfuerzo al automóvil, y empuñaba el volante. Los parroquianos de la terraza solían comentar:

—Ya se está calzando su bota de siete leguas don Santiago.

Arrancaba el coche y hasta los arrabales<sup>40</sup> iba con marcha moderada. Pero al llegar a la carretera los ojos se encendían cual si quisieran aumentar con sus chispas las del motor, el pie se aplanaba en la palanca de la velocidad, todo el cuerpo, consustancializado con la máquina, vibraba, y, raudo<sup>41</sup>, allanando las cuestas, despegándose en

---

38 *Estertor*: Respiración anhelosa como ronco o silbido que producen los moribundos.

39 *Entrecejo*: Espacio entre las cejas.

40 *Arrabales*: Barrios pobres fuera de la ciudad.

41 *Raudo*: Rápido, veloz.

las curvas, saltando en los baches hasta arrancar hojas de los árboles, rojo proyectil disparado no se sabe si por la desesperación o la embriaguez contra la Muerte, trazaba en la ilusión óptica de cuantos se detenían a mirarlo pasar, un hilo sangriento en el camino.

No decían «Ahí va el automóvil de don Santiago», sino «Ahí va don Santiago». Y nadie mostró sorpresa el día en que, al mediar aquel nudo de la carretera que, por no haberse detenido a desatarlo despacio, había costado ya la vida a dos automovilistas, el centauro se disoció terriblemente, y su parte de cíclope quedó aplastada contra un tronco, mientras los pobres caballejos de vapor, retorcidos, piafaban<sup>42</sup> su postrer aliento humeante sobre el verde jugoso de la campiña.

Toda la ciudad participó del drama. Los forasteros pudieron advertir que el noble gigante constituía uno de los orgullos de la ciudad, y que de haber sido tan baratos de mantener el noble y sus vástagos<sup>43</sup> como la leyenda del barrio fenicio o del estandarte secular del Ayuntamiento, el pueblo no habría consentido aquel desenlace. La hipótesis de un suicidio hipócrita consolidóse cuando se supo que don Santiago tenía un seguro de vida contratado poco tiempo antes, a favor de sus hijos, a quienes apartaba siempre del automóvil diciéndoles: «¡Eso no se toca, ya lo sabéis!», cual si se tratase de un arma.

Su único amigo, el profesor de la Escuela de Náutica don Eligio Bermúdez Gil, jugueteando con la brújula minúscula que pendía de su gruesa cadena de oro, sobre el chaleco, resumió la opinión pública en estas palabras:

—No vamos a decir que se ha disparado con el automóvil, pero que se ha disparado en él, sí. Aquellas tardes en que lo veíamos volver decepcionado, es que le había fallado el tiro. Si la Compañía se echa atrás, tendremos que hacer una suscripción pública para levantar las hipotecas y sacar del hambre a esos chicos. Del que va a ser marino yo me encargo.

A pesar de las aseveraciones populares, la Compañía de Seguros pagó la póliza después de sopesar<sup>44</sup> en su tabla sutil de cálculo de probabilidades, las ventajas de la publicidad basada en un suceso y un nombre conocidos en toda la comarca. Y los hijos, hasta entonces coro doloroso e inerme<sup>45</sup> a espaldas de los protagonistas, hubieron de forzar

---

42 *Piafar*: Alzar el caballo primero una mano y después otra, dejándolas caer con fuerza.

43 *Vástagos*: Descendientes.

44 *Sopesar*: Calcular, considerar.

45 *Inerme*: Desarmado, indefenso.



los trámites del tiempo, avanzar hasta el primer plano, mirar cara a cara a la vida, y descubrir cada uno lo que de hombre o mujer esperaba tras de la corteza infantil, rota también en el choque funesto.

José-María presidió el entierro. Vestidos de luto, sus diez y ocho años impresionaban más. Pálido, aguileño<sup>46</sup>, de piel marfilina y ojos verdes, destacaba del grupo de caras contraídas por una tristeza ocasional su belleza tímida y frágil, de flor. Al volver a la casa y quedarse solos, para resistir la marea del llanto, dijo:

—Lo primero que ha de hacerse es limpiar esto como Dios manda. ¡Da asco!

Jaime se encogió de hombros y, abandonándose a un dolor sombrío en seguida embotado<sup>47</sup> en el sueño, se echó en el cuarto último. Cuando despertó, Amparo, Isabel-Luisa y José-María daban los últimos toques a una limpieza que había durado más de cuatro horas.

—Menudo baldeo<sup>48</sup> le habéis dado, ¡hay que ver! Parece otra la casa —dijo.

Y no sólo lo parecía: lo era. Ni siquiera en tiempo de la madre, paredes, suelo y muebles relucieron así. Dijérase que sólo don Santiago había muerto, y que, libre de su corpulencia ensuciadora y holgazana, ella, con las arañas de sus manitas tejedoras de orden, dirigía, por primera vez del todo, el hogar.

---

46 *Aguileño*: Rostro o nariz largos y delgados.

47 *Embotado*: Hundido.

48 *Baldeo*: Gran limpieza.